

EL SÍNDROME DE LOS NAZARENOS

Hoy está de moda hablar de síndromes. El Diccionario define este término como “conjunto de síntomas característicos de una enfermedad o de una situación determinada”. En el primer caso hablamos del SIDA, del síndrome de Down, etc. Hoy, más en broma que en serio, se habla del síndrome del escaparate, propio de personas mayores que se fatigan al caminar y, para disimular, se paran a contemplar escaparates que no les interesan en absoluto.

Yo me refiero a la segunda acepción, a la de las situaciones determinadas. El síndrome de los nazarenos consiste en que aquellos paisanos de Jesús lo vieron crecer, jugar con ellos, trabajar, disfrutar..., pero no se enteraron de quién era. Tanto es así que, cuando regresó al pueblo tras una temporadita fuera, le piden que haga milagros. Como si se tratase de un titiritero. Por eso Jesús les suelta aquello de “un profeta no es reconocido en su pueblo”.

Según el mismo Jesús, ese síndrome no es cosa nueva. Tiempos muy atrás le había pasado a un gran personaje llamado Naamán. Cuando el profeta le dice que para curarse de la lepra lo que ha de hacer es lavarse bien y siete veces en el Jordán, le parece demasiado sencillo y se enfada con el profeta. Menos mal que sus criados –la verdad no la descubren casi nunca los de arriba y los sabios- le convencen, termina por lavarse como le mandó el profeta y se curó. ¡Y mira que es evidente que para curar las enfermedades de la piel lo primero que hace falta es una buena higiene!

Pues eso, que el síndrome de los nazarenos consiste en no reconocer lo evidente. Como les pasa a aquellos jefes de Israel que no quieren reconocer que el ciego de nacimiento es el mismo que ahora está delante de ellos y que ve. ¡Con tal de no aceptar que Jesús le ha dado la vista y que **sólo él es la LUZ DEL MUNDO!**

Hoy es muy común el síndrome de los nazarenos. A grandes males, grandes soluciones, decimos. Y no aprendemos que el asunto está en lo cotidiano, en **ver** el mundo con los ojos de Dios; en disfrutar de todo lo bueno que tenemos; pero también en ver y no pasar indiferentes ante el sufrimiento de los que tenemos al lado. Sin esperar que otros traigan las grandes y milagrosas soluciones. Las pequeñas y parciales soluciones que cada día podemos aportar cada uno a los problemas... eso es superar el síndrome de los invidentes, **que somos todos**, a la hora de ver lo que hay que ver.

Que sí, que Dios está en nuestro mundo y no queremos verlo. Dios se ha ocultado en lo humano, hace dos mil años en Jesús de Nazaret. Y hoy sigue encarnado en las realidades pequeñas de cada día. Ofreciendo perdón a quien lo necesita y pide, haciéndose el enconadizo con el pobre y el ciego. A veces sólo nos acordamos de él para echarle la culpa de lo malo que nos pasa. Pero hay que aprender a verlo en lo positivo y en lo negativo, en toda la realidad mundana en que se hace presente de formas muy diferentes. Para potenciar al hombre y sanar sus heridas.

¿Crees en el Hombre Nuevo, el Hombre plenamente humano precisamente por ser expresión y encarnación del misterio insondable de Dios?«**¿Y quién es, Señor, para que crea en él?**». Jesús le dice: **«Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es»**. Al ciego se le abren ahora los ojos del alma. Se postra ante Jesús y le dice: **«Creo, Señor»**.